

## LIBROS

### Diario de una experiencia pedagógica

Desde los trabajos de Piaget —«El lenguaje y el pensamiento del niño» (1923), «La representación del mundo en el niño» (1926) y «El nacimiento de la inteligencia» (1936)— ha quedado bien claro que el niño no es un adulto en miniatura, sino que es un ser original, provisto de una organización particular que se rige por sus propias leyes. Desde esta perspectiva, la pedagogía ha tenido que ensayar nuevos métodos educativos para la fortificación del «yo naciente» del niño.

Hay que deplorar que en nuestro país los estudios pedagógicos no

ahora a la publicación del diario de una experiencia pedagógica del italiano Mario Lodi (1). El autor es miembro del Movimiento de Cooperación Educativa, grupo de enseñantes italianos que, inspirados en la pedagogía del francés Freinet, centran su enseñanza en la experimentación cooperativa. En el diario, Mario Lodi recoge sus experiencias pedagógicas durante tres cursos en una escuela de la localidad agrícola de Vho de Piadena.

La lectura del diario pedagógico es sencillamente fascinante, pues nos convierte en espectadores del proceso del despliegue de la personalidad de los niños desde sí mismos en cooperación activa con el maestro. Se trata del diario de la experiencia de un maestro que, en constante diálogo con los niños, pretende hacer de ellos el centro de la escuela. A través de la libertad expresiva y del estímulo de la creatividad, la escuela se convierte en instrumento de liberación y

dicional. En su diario pedagógico, Mario Lodi arremete vigorosamente contra esta concepción tradicional, encaminada más que nada a la elaboración de hombres dóciles y pasivos, ignorantes de sus efectivos problemas; contra una escuela en la que el maestro se vuelve el instrumento del sistema, en vez de constituir una garantía cierta de la formación de hombres libres. En definitiva, se trata de «... hacer del niño el centro de la escuela, librarle de todos los miedos, dar sentido y alegría a su trabajo, crear a su alrededor una comunidad de compañeros que no sean sus antagonistas, dar importancia a su vida y a los sentimientos más elevados que se desarrollen en su interior...».

El aula en que Mario Lodi ejercía de maestro se convirtió pronto en «la habitación más bonita del mundo». Desde ella, los niños se irán asomando a los acontecimientos humanos y de la Naturaleza al hilo mismo del desenvolvimiento de sus propias vidas: «... la mente se va formando poco a poco en un mundo poblado de signos independientes unos de otros. La conversación relaciona estos signos, los une, los mezcla, los vuelve a separar en un calcidoscopio lógico que va disponiendo lo puramente episódico en una visión dinámica de la realidad».

A lo largo del diario de Mario Lodi se transcriben algunos episodios penosos protagonizados por las fuerzas reaccionarias de la comarca, que vefan con muy malos ojos la espléndida labor pedagógica del maestro, quien se inspiraba en el pensamiento de Piaget de que la autonomía intelectual deviene en libertad moral, y viceversa. El «leit motiv» que recorre todo el diario pedagógico de Lodi es la consideración del hombre como un fin, no como un medio al servicio de otras rea-

lidades desalmadas. Pero nuestro maestro es plenamente consciente de que su escuela está inserta en un contexto social en que la única motivación válida es el rendimiento y el provecho y, como consecuencia inmediata, la competencia. Por ello, no se hace demasiadas ilusiones sobre la eficacia de la acción única de la escuela en la renovación del hombre. Y así proclama al final de su diario: «Defender al hombre significa ponerse a su lado y volver a organizar la escuela, el sistema, todo». ■ PEDRO FERNAUD.

### Una pequeña «apertura lírica» al Este

Nada más natural, en vista del creciente interés en nuestro país por todo lo chino —inauguración de relaciones diplomáticas, reportajes en todos los medios sobre los milagros de la acupuntura, venta en los grandes almacenes de artículos «made in the People's Republic of China»—, nada más natural que una editorial realice ahora lo que podríamos calificar de una pequeña «apertura lírica» al Este con la publicación de una antología de la poesía china. La antología, elaborada por Marcela de Juan, abarca un período de tiempo que va desde la época legendaria del Imperio, representada por un pequeño poema atribuido al Emperador Sun (siglo XII antes de Cristo), hasta nuestra época: es decir, más de cuarenta siglos en total. Si tenemos, además, en cuenta que, como muy bien explica la antóloga en su introducción, solamente la antología poética de la dinastía Tang (618-907), coincidente con la llamada Edad de Oro de la poesía china, «comprende 900 volúmenes que recogen más de

48.900 poemas compuestos por no menos de 2.300 poetas», entenderemos muy bien por qué la antología que ahora nos ofrece Alianza es sólo una de las múltiples antologías posibles de la poesía china. Este volumen es, sin embargo, suficiente para darnos una idea de la importancia real de una producción lírica que hasta ahora había permanecido prácticamente ignorada de los hispanohablantes. (En otros países, como Francia, Inglaterra o Alemania, ya existían —gracias a sus mayores contactos culturales con los pueblos de Oriente— colecciones del tipo de la que comentamos.)

Desde tiempos inmemoriales, la poesía ha estado en China estrechamente vinculada a la vida pública y la administración del Imperio. Muchos de los Emperadores de las distintas dinastías que se han sucedido en aquel país fueron ellos mismos poetas, y cuando no lo eran, gustaban, no obstante, de rodearse de artistas del pincel (1), a los que colmaban de honores y nombraban para cargos públicos. La estrecha relación entre poesía y administración no impidió, sin embargo, el que muchos poetas criticasen duramente la corrupción administrativa o el mal gobierno de algunos de sus soberanos. Esta orientación político-moral de gran parte de la poesía china obedece, sin duda, a la influencia de las enseñanzas de Confucio. El confucianismo, más que una religión, es un sistema de reglas morales, un tratado de conducta individual y social. Junto con el confucianismo, las dos religiones filosóficas que más profunda huella han dejado en aquella civilización han sido el taoísmo fundado por Lao-Tse,

(1) Téngase en cuenta que el pincel en China ha servido tanto para la pintura como para la escritura, artes muy ligadas entre sí.

que fue contemporáneo de Confucio (siglos V y VI antes de Cristo) y el budismo, doctrina importada de la India hacia el siglo II de nuestra Era. La influencia del budismo Zen, y sobre todo del taoísmo (2), se deja sentir en la particular relación que mantiene el hombre oriental con la Naturaleza. Para el chino, ésta no es algo que hay que conquistar, que dominar. El taoísta no se propone someter ni someterse a la Naturaleza, sino que busca establecer con ella una relación espontánea y armónica. El es plenamente consciente de la caducidad de las cosas, y, sin embargo, sus maestros y filósofos le han enseñado que todo lo que nace tiene que morir, y tiene que morir para que otro ser pueda nacer a su vez y ocupar el lugar que aquél dejó vacante; es, pues, inútil y absurdo desperdiciar de lo inevitable. De ahí ese tono de melancolía y a la vez de resignación que caracteriza a gran parte de la lírica china. En algunos poetas, sin embargo, como Li Po, que vivió durante el reinado de la dinastía Tang, la resignación deja paso a una alegría de vivir que en cierto modo nos recuerda la poesía anacrónica renacentista: «Si la vida es un sueño, ¿para qué atormentarme?/Yo bebo todo el día...». Fugacidad del tiempo, naturaleza, amistad, amor, son los temas constantes de la lírica china, de la que el lector de nuestro hemisferio, acostumbrado como está a la enorme inventiva de la poesía occidental, puede sacar una primera impresión de monotonía. Hay que tener en cuenta, sin embargo, que la poesía china, tal y como nosotros podemos conocerla, es

(2) Frente a las recomendaciones sociales y políticas del confucianismo, el taoísmo propugna el apartamiento de la función pública y el cultivo de la espontaneidad en comunión con la Naturaleza.



hayamos alcanzado el desarrollo deseable, de importancia decisiva para el fértil desenvolvimiento de la comunidad nacional cara al futuro. Por ello nos parece del mayor interés la versión al castellano de la producción bibliográfica extranjera sobre temas pedagógicos. Nos vamos a referir en concreto

de crítica frente a los condicionamientos de la vida social.

Se trata de un intento antiautoritario y democrático de docencia, es decir, de una inversión radical de los presupuestos sobre los que se basaba la escuela tra-

(1) «El país errado», Editorial LAIA, Barcelona.

decir, traducida a un idioma europeo como es el castellano, tiene que perder necesariamente no sólo elementos tan esenciales como el ritmo y la rima, sino también gran parte de su riqueza simbólica y toda su riqueza plástica: debido al carácter ideográfico de la escritura. El traductor del chino se ve, pues, obligado a utilizar constantes paráfrasis que van en detrimento de la concisión original. Las elipsis creadas mediante hablitas combinaciones de imágenes en el original dan lugar, en su traslación a otro idioma, a premiosas operaciones sintácticas. Dentro de esas inevitables limitaciones, que la traducción-antológica es la primera en reconocer, la versión de Marcela de Juan

nos parece muy notable, producto de un trabajo concienzudo y serio. La antología está convenientemente actualizada con diversas muestras de la poesía china de este siglo, desde la poesía en lengua hablada (3), revolución literaria posterior sólo en algunos años a la implantación de la República por el Kuomintang, en 1911, hasta los himnos de la Revolución Cultural (parte esta última más curiosa que interesante), pasando por la obra de Mao, representada en el libro por doce de los treinta y ocho poemas conocidos. El poeta Presidente sustituye el yo lírico de gran parte de la poesía tradicional por un nosotros épico de gran aliento revolucionario. Es la suya una poesía, clásica en su forma, cargada de resonancias históricas, de alu-

siones a hechos del pasado, a la vez que un canto entusiasmado a las realizaciones colectivas del presente: «... En el río del Oeste, un gran muro de piedra / cortará el paso a las tormentas del Wu Shan / y se tornará en apacible lago el hondísimo tajo. / La diosa queda a salvo, / mirando, sorprendida, esta transformación del mundo».

«Esta transformación del mundo», escribe Mao: Oriente y Occidente, por fin, se dan la mano. ■ JOAQUIN RABAGO.

## Si Azaña levantara la cabeza

Si Azaña hubiera levantado la cabeza para poder asistir a la concesión del Premio Planeta 1973, hubiera comprobado ante todo que necesitaba esmoquin o traje oscuro para entrar en el hotel Ritz barcelonés. El editor Lara, un hombre que se ha hecho a sí mismo, siempre dentro de lo que cabe, conoce el valor del dinero, y al subvencionar con dos millones de pesetas el Planeta de este año ha querido que el vestuario de los asistentes estuviera a la altura de la dotación. Si a Azaña aún le hubieran quedado ganas de seguir con la cabeza alzada, comprobaría, probablemente con estupefacción, que la novela ganadora se llamaba escuetamente: «Azaña», y que le tenía a él como protagonista.

Más sorpresas se habría llevado nuestro patético personaje. El escritor de la novela era Carlos Rojas, novelista formado en el ambiente literario de la posguerra, a la sombra de escritores más victoriosos que literatos y nutrido de un detestable caldo cultural elaborado con ingredientes de racionalismo o de mercado negro. Carlos Rojas era la joven promesa de la

cultura establecida en la Barcelona de los años cincuenta. Recuerdo que en 1961 entrevisté, con pocos días de diferencia, a Luys Santamarina, Bartolomé Soler y Jurado Morales: los tres me señalaron a Rojas como la gran promesa de la literatura española. Después, Rojas se marchó a los Estados Unidos como profesor de Literatura Española y desapareció un tanto del «ranking» cultural barcelonés y español. Quedó al margen de la angustiosa agonía de la literatura autárquica y de la literatura social que nació como respuesta. Hace pocos años volvieron a aparecer libros de Rojas en las librerías, pero casi todos tenían temática histórica, centrada en la guerra civil, armado el autor con una encomiable distancia crítica y una evidente buena voluntad sentimental hacia los vencidos.

Rojas es ya un escritor abundante: «De barro y esperanza», «El asesinato de César», «Las llaves del infierno», «La ternura del hombre invisible», «Adolfo Hitler está en mi casa», «Auto de fe», «Aquelarre», «Luis III el Minotauro», «Rei de Roma» (novela corta en catalán), «Diálogos para otra España», «Diez figuras de la guerra civil», y en los Estados Unidos ha publicado «De Cela a Castillo Navarro» y «La España moderna, vista y sentida por los españoles». Según parece, «Azaña» es una novela entre la ficción y la Historia, en la que Azaña resucita y evoca su vida, su obra y su propia muerte, a veces en diálogo con sus contemporáneos. Rojas declaró después del Premio que la figura de Azaña le fascina, porque le fascina su encarnada contradicción entre finísimo intelectual y político «perdedor». Para reconstruir esa mistificada figura de nuestra Historia, Rojas ha mezclado erudición, memoria y tal vez desojo. El libro tiene, pues, interés

«a priori», y aunque los asistentes al Premio se pusieron el esmoquin en vano, Lara no ha gastado dos millones en vano.

Pero al margen de la madura juventud de Rojas, de los méritos posibles de su «Azaña», quisiera resaltar una serie de detalles que perfuman la noche del Ritz. Por una parte, un novelista de antes de la Estabilización, y por otra, una finalista, Mercedes Salisachs, de antes de la guerra de Corea. Lástima que a nadie se le ocurriera una tenue música de fondo con la orquesta de Raúl Abril y los compases de «Sombra de Rebeca» o el «Rascayú». Lara es un negociante de primera, y, en cierta manera, el Lord Thompson de nuestra literatura. Va al copo de premios literarios, y se sospecha que los Jurados le son casi tan fieles como las novias de antes de la guerra de Corea o como esa esposa de la novela de la Salisachs, «Adagio confidencial», que en el otoño de su vida se permite la «escapada» de pasear por la ciudad con un viejo amor, naturalmente platónico. Lara controla el Planeta, el Ateneo de Sevilla y el Águilas. Le bastaría hacerse con el Premio Biblioteca Breve, el Juan Petit y el Nadal para poder imponer su gusto literario a todo el mercado de lectores. A la espera de la definitiva «lucatenización» del público hispano y mientras las editoriales «progres» se empeñan en guerras intestinas para descubrir un Kafka semanal, un Musil quincenal y un Robbe Grillet semestral, el retorno de escritores supuestamente «camp» puede tener el aliciente de recuperar parte de nuestra pequeña Edad Media de los años cuarenta y cincuenta.

«Recuérdame, que recordar es volver a vivir».

decía una canción de Los Vieneses en aquellos años en que Azaña

no tenía otra imagen pública divulgada que la que le había compuesto El Caballero Audaz: «... el Presidente tenía una mano fofa, húmeda, hermafrodítica». Los que recibíamos «otro Azaña» por la tradición oral aprendimos entonces a vivir en una realidad dual, que para siempre ha condicionado esa radical incomodidad con la que amanece todos los días.

Si Azaña levantara la cabeza, no estaría en condiciones de entender nuestro sentimiento, ni que Lara le haya convertido en mercancía. Aunque tal vez le agradezca a Carlos Rojas que le devuelva piel humana y esqueleto de compatriota. ■ M. VAZQUEZ MONTALBAN.

## Premios literarios Octubre

El año pasado se organizaba en Valencia el primer concurso de teatro en valenciano, encontrando un apoyo, tanto la iniciativa como su desarrollo, en las comisiones falleras, siempre dedicadas a otras actividades en absoluto culturales. La segunda edición de dicho festival está teniendo lugar estos meses, entrando ya en el camino de los actos culturales de un pueblo que lo espera y apoya anualmente, porque lo considera válido para expresarse y porque en él descubre reflejada su mentalidad, su forma de pensar, su lengua.

Pero no sólo en los concursos y festivales se encuentran pilares para asegurar, o empezar a construir en algunos casos, el edificio cultural de una colectividad, sino que también los premios literarios resultan pieza indispensable. Es una forma más de atraer a un público a menudo ausente y de alimentar a aquel que dice tener hambre. Por primera vez este

mes han sido convocados los Premios Literarios Octubre, recordando aquel 9 de octubre en que Jaime I el Conquistador hacia su entrada en Valencia, quedando liberada del dominio musulmán y entrando en el ámbito político y administrativo de la Corona de Aragón, así como en el cultural de la lengua catalana. Para final de dicho mes está programado el acto de adjudicación de dichos premios en el salón de un destacado hotel, con «refrigerio» y diversión cultural incluidos.

Estos premios literarios han sido convocados por la Librería Tres i Quatre, con el fin de promocionar el ensayo, narrativa y poesía escritos en lengua catalana. Menos el de narrativa (reservado exclusivamente al área del País Valenciano), los restantes premios están abiertos a todos los escritores de los Países Catalanes.

El premio de ensayo, que lleva el nombre de Joan Fuster, con un importe de 75.000 pesetas, tiene como jurado a personas significativas de la cultura valenciana en muy diversos campos: economía, arte, historia, derecho. Sus miembros son: Ferrán Vicente Arche, Francesc Valtverdu, Marià Peset, Trinitat Simó y Ernest Lluc.

El premio Andròmina, con sus 50.000 pesetas, está dedicado a promocionar una futura novela valenciana, con escritores del país, en la que quede reflejada nuestra realidad. Datos a tener en cuenta son el nivel cultural de los autores presentados (licenciados universitarios), así como su edad (en torno a los treinta años). Ello permite hablar de una joven, pero aún por conocer novela. El jurado está compuesto por el poeta y periodista Vicent Andrés Estellés, Ramón Pelejero (nombre del cantante Raimon), María Aurèlia Campmany, Josep Iborra y Francesc Mira.